

CIENCIA QUE DUERME, CIENCIA QUE DESPIERTA. (Carta a Frédéric Karinthy)^{1*}(1924c).



Sándor Ferenczi.

Mi querido Karinthy:.

No debe extrañarse de que haya sido públicamente apostrofado por mí desde mi retiro. Incluso yo mismo estoy un tanto sorprendido, a decir verdad. Desde hace más de veinte años había tomado la costumbre de no responder al gran número de ataques aberrantes y contradictorios que todo tipo de individuos no iniciados (que se autodenominan especialistas) lanzan incansablemente contra el psicoanálisis, único oficio que conozco un poco. Pero me ha sido imposible guardar silencio cuando Ud., se ha unido a los asaltantes. Pues incluso sin tener en cuenta la ironía (manifiesta a pesar de su carácter indudablemente espiritual), siento como una dolorosa agresión su artículo aparecido en el número del 23 de diciembre de Vilàg, en el que clasifica la enseñanza de Freud entre esas “profecías macbethianas” que, aunque falsas, se transforman en realidad siempre que se repitan lo suficiente. Pero, una vez más, no tengo intención de discutir: he comprendido desde hace tiempo que la discusión nunca hace avanzar las cosas, porque los adversarios no buscan la verdad sino sus respectivos puntos débiles, y sé perfectamente que apenas es posible convencer, sino sólo convencerse. Tampoco tengo intención de contradecirle, y lo único que pretendo es recordarle nuestro primer encuentro, hace ya mucho tiempo, y subrayar todo lo que separa sus palabras de entonces de las de hoy.

Yo era joven todavía y acababa de publicar mis primeros escritos entusiastas sobre el descubrimiento del sabio vienés, cuando un joven de cabellera enmarañada -usted, mi querido Karinthy- vino a verme y me declaró que sentía la necesidad de manifestar su simpatía por nuestros esfuerzos. Dijo que conocía dos tipos de sabio y dos tipos de ciencia. La primera busca la verdad y se esfuerza por despertar a la humanidad somnolienta, la otra evita por todos los medios perturbar la quietud del mundo adormilado y tiende incluso a que repose aún más profundamente. El psicoanálisis, dijo usted, posee una facultad especial para despertar a las gentes y trata de dar al psiquismo humano, mediante el saber, no solamente el dominio de sí mismo, sino también el de las fuerzas orgánicas y físicas.

Pero ahora escribe usted que es preciso dejar de analizarse para estudiar preferentemente a quienes hablan de paz, de armonía, de bienestar, y que, con ayuda de hábiles sugerencias, incluso mediante un sueño hipnótico, introducen subrepticamente en el psiquismo humano sensaciones, ideas e intenciones razonables, inteligentes, reconfortantes y dichosas.

Ya encontré anteriormente un tanto audaces sus palabras sobre el poder del sabio, pero a partir de entonces he podido convencerme de su certeza. Reconocí en principio la facultad de “despertador” que correspondía al psicoanálisis y no he cambiado de parecer, porque sé que a falta de una ciencia auténtica y valiente, cualquier esfuerzo para encontrar la dicha es inútil y a lo mas puede suscitar una ilusión pasajera. Pero usted, por el contrario, ha perdido aparentemente la paciencia (es posible que bajo el efecto de las miserias actuales), ya no desea más la verdad, ni la ciencia, y sólo aspira a procurar a nuestro mundo atormentado un

1*. Célebre literato y humorista húngaro. (N.de T.).-

poco de dicha, a cualquier precio, aunque suponga el adormecimiento. En una palabra, quisiera simplemente constatar aquí que, de nosotros dos, soy yo quien no ha abandonado las filas de los que despiertan.

Como le he dicho, no quiero referirme a sus palabras, pero existe un argumento que no puedo dejar sin respuesta. Dice usted que el material del psicoanálisis no lo proporciona la realidad objetiva, sino que es producto del cerebro de su autor, Freud. Podría decirse lo mismo de todo, comprendido el artículo titulado “Profecías macbethianas” y presentarlo como una simple profecía macbethiana: el producto del cerebro de Frédéric Karinthy. Del mismo modo, es preferible eliminar del arsenal dialéctico esta referencia a la subjetividad de los autores: es un arma inutilizable porque excluye de antemano cualquier discusión.

En lo que concierne al proyecto de aportar la dicha a todos los hombres, reconozco que es el objetivo final de cualquier ciencia y de cualquier investigación. Añado simplemente que quien se conoce procurará mejores consejos sobre esto que quien no sabe ni siquiera algo de sí, ni lo que puede hacerle verdaderamente feliz. El “auto-análisis” es, por lo tanto, absolutamente preferible a la meditación estéril sobre el vacío. Imagine las consecuencias, si una ciencia cualquiera -física, psíquica o natural- legitimara el principio de la acción sin examen previo (es decir, sin análisis). ¿Por qué sería el psiquismo humano una cosa sacrosanta, imposible de desmontar, que no se tiene derecho a abordar más que en su totalidad y nunca a nivel de las partes que lo componen? ¿Y por qué quien puede dormir a otro descartando cualquier investigación psíquica será mejor consejero que el psicoanalista que conoce los mecanismos psíquicos hasta en sus más mínimos detalles?.

Adiós, querido Karinthy, le dejo; pero si he de ser franco, no creo que este adiós sea definitivo; algo en mi interior le dice más bien: hasta luego.

S. Ferenczi

(Sandor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo II, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.